

RECENSIONES

Martínez Plaza, Pedro J.: *El coleccionismo de pintura en Madrid durante el siglo XIX. La escuela española en las colecciones privadas y el mercado*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2018, 576 pp., 68 ilus. color [ISBN: 978-84-15245-81-0]

Abordar el estudio del coleccionismo y el mercado artístico en España ofrece grandes dificultades, máxime si el horizonte a explorar es una centuria tan convulsa para su historia como el siglo XIX. No obstante, Pedro J. Martínez Plaza se adentra con éxito en tan complejo escenario ofreciéndonos una exhaustiva y completa obra sobre el coleccionismo privado y comercio de pintura en Madrid —centro principal del mercado nacional e internacional de arte en el país— a lo largo de aquel siglo. Con prólogo de Javier Barón Thaidigsmann, el libro parte de una exhaustiva búsqueda documental en archivos públicos y privados, lo cual permite construir un relato sólido y absolutamente necesario sobre dicha centuria. Su discurrir entre las colecciones pictóricas, sus coleccionistas y mercaderes, se va hilando a lo largo de un tiempo en el que se abrió el debate sobre la preservación de la herencia artística; se asistió a un creciente interés del mercado internacional por la pintura española, además de ser la centuria que vio nacer el Museo del Prado, centro desde el que desarrolla su trabajo e investigación el autor.

La obra se articula de modo cronológico a partir de los sucesivos reinados de Fernando VII, Isabel II y Alfonso XII, en cada uno de los cuales se nos ofrece un panorama general del periodo atendiendo a la incidencia de los episodios históricos en el coleccionismo y mercado artístico. Uno de los objetivos es comprender el devenir del gusto por la pintura española. Para ello son analizadas más de ciento cuarenta colecciones privadas, de las cuales se nos ofrece cumplida descripción de la naturaleza de las mismas, así como de la personalidad e intereses de sus protagonistas. Es posible conocer así las grandes galerías que dominaron el panorama artístico madrileño hasta el último tercio de siglo; en algunos casos con repertorios que llegaron a superar el millar de obras, como fue el caso de la galería de Fernando Casado de Torres (1756-1829), pero son atendidos, asimismo, conjuntos más modestos.

Además de la evolución del gusto, el trabajo depara evidencias claras de los cambios en la sociedad, constatándose el ascenso de la burguesía, en paralelo a la pérdida de protagonismo de la nobleza. En este sentido, son ilustrados los avatares seguidos por algunas colecciones, como la de la casa de Osuna, que protagonizó una de las grandes almonedas artísticas, tras los excesos de Mariano Téllez-Girón (1814-1882), XII duque, y a pesar de la labor de mecenazgo artístico llevada a cabo por sus predecesores. Martínez Plaza muestra cómo se mantuvo a lo largo de la centuria el sólido vínculo entre prestigio social y atesoramiento de una valiosa galería artística. De este modo, los recién llegados al estatus nobiliario buscaron legitimar su nueva condición a través del coleccionismo, en algunos casos con una clara vocación erudita, como así se describe en el proceder del conde de Valencia de Don Juan, Juan Bautista Crooke (1829-1904). De igual modo, la alta burguesía halló en tal práctica una vía de afianzar su posición en el entorno cortesano: Pablo Bosch (1841-1915) o José de Salamanca (1811-1883) se cuentan entre los ejemplos abordados. Son tratadas, además, las colecciones de artistas que se emplearon a su vez en el comercio de pinturas, como fue el caso de José de Madrazo (1781-1859).

Además de la entidad de diversas colecciones, el estudio se adentra en un terreno habitualmente más oscuro desde el punto de vista documental, como es el mercado de obras de arte. Se atiende a la evolución del comercio de pinturas en un tiempo que vio surgir los establecimientos expresamente dedicados a tal labor. Son tratados en cada capítulo comerciantes y marchantes a partir de los cuales es fácil interpretar el peso fundamental que alcanzó el circuito comercial madrileño. Toda vez que la capital se erigió como el gran mercado del arte y antigüedades hacia el cual anticuarios y coleccionistas de toda la geografía espa-

ñola dirigían su mirada, y donde, asimismo, recalaban agentes extranjeros interesados en la compra-venta de pinturas españolas. Resulta sumamente interesante la identificación y seguimiento no solo de los anticuarios asentados en la capital, y la naturaleza de sus operaciones e intereses, sino también de aquellos comerciantes y coleccionistas europeos y americanos que se dieron cita en Madrid.

Todo lo cual hace que este trabajo esté llamado a ocupar un lugar destacado entre las obras de referencia dedicadas a la historia de la pintura y el coleccionismo nacional e internacional. No en vano la minuciosa investigación llevada a cabo permite comprender la fortuna de parte importante del legado artístico del país.

María José Martínez Ruiz
Universidad de Valladolid